

# NEW LEFT REVIEW 147

SEGUNDA ÉPOCA

JULIO-AGOSTO 2024

## ENTREVISTA

RASHID KHALIDI      El cuello y la espada      7

## ARTÍCULOS

TONY WOOD      México en estado de cambio      44

CÉDRIC DURAND      Paisajes del capital      77

RADHIKA DESAI      ¿El punto álgido de la *hindutva*?      97

REBECCA LOSSIN      La mirada múltiple      123

## CRÍTICA

GREY ANDERSON      El imperio al desnudo      137

SANJAY SUBRAHMANYAM      Sangre y pompa      156

OWEN HATHERLEY      ¿Dentro y contra el laborismo?      167

---

[WWW.NEWLEFTREVIEW.ES](http://WWW.NEWLEFTREVIEW.ES)

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)



SUSCRÍBETE

**ts**  
traficantes de sueños



## CRÍTICA

Andy Beckett, *The Searchers: Five Rebels, Their Dream of a Different Britain, and Their Many Enemies*, Londres, Allen Lane, 2024, 560 pp.

OWEN HATHERLEY

### ¿DENTRO Y CONTRA EL LABORISMO?

En Gran Bretaña, especialmente en los últimos años, tanto las narraciones históricas de corte popular –el tipo de obras que se exhiben masivamente en los escaparates de las librerías– como el revisionismo histórico han tendido a ser patrimonio privado de la derecha. La figura dominante de este campo es Dominic Sandbrook, cuyas historias de la Gran Bretaña del siglo XX, cada una de ellas adornada de un título sacado de un tópico, parecen dispuestas a retratar el thatcherismo como una consecuencia deseable e inevitable y a insistir en la implausibilidad de las alternativas al mismo; incluso su columna habitual en *The New Stateman*, en la que se entretiene considerando los posibles escenarios contrafácticos, conduce siempre a la afirmación de que lo que hay es todo lo que en cualquier caso podría haber habido. En las últimas dos décadas la figura cuya obra se ha erigido de manera más coherente contra esta complacencia ante la situación realmente existente es Andy Beckett. Este autor ha evitado los tópicos de la historia popular de izquierda –el género de la «historia popular de X» o el intento de rescatar recursos de los *Levellers* o del cartismo– y su obra, silenciosamente, se ha convertido en uno de los cimientos del giro intelectual hacia la izquierda registrado en Gran Bretaña, especialmente entre la juventud, en cuyas estanterías sus libros suelen encontrarse al lado de los de pensadores como David Graeber o Mark Fisher. *The Searchers* recoge la obra de Beckett sobre Gran Bretaña desde la década de 1970 hasta el presente a través de un retrato coral de la izquierda del Partido Laborista londinense;

probablemente sea una respuesta a la influencia de sus propios escritos en algunas de las corrientes de este laborismo. Al escoger a Diane Abbott, Tony Benn, Jeremy Corbyn, Ken Livingstone y John McDonnell como las figuras principales merecedoras de un estudio histórico en profundidad, ya ha logrado la virtud negativa de ganarse reseñas petulantes o rencorosas en los periódicos generalistas.

Es posible que en este hecho juegue un papel la sensación de que se ha traicionado una confianza. En tanto que columnista habitual de *The Guardian* durante varias décadas, Beckett está claramente instalado en el *establishment* mediático. Sus intervenciones periodísticas a menudo tratan de convencer a quienes muestran una enorme hostilidad ante la razonabilidad de las posturas y las actividades de la izquierda, recurriendo a un tono escrupulosamente ecuaníme, que también se despliega en *The Searchers*. Beckett es un izquierdista anómalo, un periodista de un medio generalista nacido en una familia militar itinerante, aunque su obra también muestra la influencia de haber vivido en el nordeste de Londres durante muchos años. Como señala al inicio del libro, su vida adulta ha transcurrido en los distritos electorales de Jeremy Corbyn, primero, y de Diane Abbott, después. La mayoría de sus colegas de *The Guardian*, por supuesto, viven en lugares parecidos, pero tiende a cubrir este hecho y a disimularlo, por ejemplo, mediante la caricatura de la existencia de una «elite metropolitana», que licua a la enorme y multicultural clase obrera londinense, una operación que ha sido especialmente popular en las páginas de *The New Statesman*. Beckett exhibe una afinidad indisimulada por la izquierda metropolitana y está realmente interesado en Londres y sus complejidades.

Su origen ligado a una familia que se movía en torno a las fuerzas y cuerpos de seguridad del Estado es el origen de otro de sus principales intereses: el ejército, los servicios de inteligencia y el espionaje. Este hecho ya constituía una corriente subterránea en su primer libro, *Pinochet in Piccadilly* (2002), que rastreaba las afinidades electivas entre el neoliberalismo chileno y británico y la resistencia a este, que se extendía desde Santiago de Chile a East Kilbride. Y ese origen también impregnaba su extraordinario libro *When the Lights Went Out* (2009), texto que en buena parte ha construido su fama: una historia del radicalismo de la década de 1970, que aborda, por un lado, como se vivió este en el plano local, lo cual da cuerpo a la afirmación tan habitual de que la década de 1970 fue cuando la mayoría de la gente consiguió vivir la de 1960, y, por otro, como se consumió ese radicalismo en el agotamiento de la política de las altas esferas, a lo cual se añade además cómo ambos planos se articularon en momentos deslumbrantes como el constituido por la huelga de Grunwick. Muchas de las personas nacidas en la década de 1980 y que han trabajado en los diversos *think tanks* y en las empresas mediáticas que florecieron en torno al corbynismo habrán

conocido, leyendo *When the Lights Went Out*, hitos como los Upper Clyde Builders, el Lucas Plan, el pensamiento colectivo neoliberal o las intrigas del MI5 contra el gobierno laborista de 1974-1976; el libro influyó decisivamente también sobre la última e inacabada obra de Mark Fisher, *Acid Communism*, publicada póstumamente. El siguiente texto de Beckett, *Promised You a Miracle* (2015), está ambientado inmediatamente después, en el periodo 1980-1982, en el que en absoluto estaba claro que Thatcher fuera a triunfar en medio de las tendencias políticas extrañas y ambiguas que estaban surgiendo en ese momento, de Channel 4 y los *new romantics* al ayuntamiento del Greater London bajo el liderazgo de Livingstone. Buena parte de este material aparece de nuevo en *The Searchers*, pero esta vez al servicio de un relato que se extiende a lo largo de varias décadas en las que las biografías de los cinco protagonistas se entretrejen en una narración cronológica, que traza el desarrollo de la izquierda posterior a 1968 en el seno del Partido Laborista al hilo de su fallido intento de tomar el poder en el mismo a principios de la década de 1980, de sus años aparentemente en barbecho sufridos durante las décadas de 1990 y 2000 y de la exitosa conquista de la dirección del partido en la década de 2010, concluida por un rechazo electoral aparentemente ignominioso en 2019. Es de destacar que no se ha publicado un libro similar, que rastree los orígenes del corbynismo a lo largo de los últimos cincuenta años de la historia británica, durante el periodo de liderazgo de Corbyn, al que se ha tratado en general, también por sus partidarios, como un accidente y una aberración.

Beckett ha intentado mostrar sus intenciones, tomando prestado un término incluido en uno de sus libros de culto sobre la izquierda laborista, «dentro y contra *The Guardian*»; sus cinco «exploradores» —Abbott, Benn, Corbyn, Livingstone y McDonnell— han adoptado un planteamiento similar respecto al Partido Laborista. Tal y como lo definía la *NLR* y *The Socialist Register* en la década de 1960, el laborismo es una formación política característica que combina, en palabras de Tom Nairn, una cabeza fabiana, un corazón de iglesia popular y un músculo sindical o, en la elegante frase de Tony Benn, el Partido Laborista es una institución que «nunca ha sido socialista, pero en la que siempre ha habido socialistas». Más fácil de entender como una corriente proimperialista, nostálgica, antiintelectual y provinciana de centro-izquierda, el laborismo ha combinado una forma determinada de obrerismo sindical con un planteamiento sensiblero de la historia británica, de su constitución no escrita y de la grandeza de la madre de todos los parlamentos. Sus fuerzas de izquierda, como Aneurin Bevan, la vieja revista *The Tribune* y los «bevanitas» de la década de 1950, solían ser bastante sentimentales y contemporizadoras, siendo su mejor ejemplo la figura ineficaz y anticuada de Michael Foot, que lideró el partido entre 1980 y 1983 (y al que se le despacha sin rodeos en *The Searchers*, algo que es de agradecer). Esta

descripción del laborismo puede que hoy necesite matizarse, especialmente porque las fuerzas de masas supuestamente más sofisticadas existentes en otros lugares durante la década de 1960, cuyo ejemplo más obvio serían los sucesores del PCI, han terminado hoy más o menos en el mismo rincón moribundo, tanto intelectual como políticamente, que el Partido Laborista. No obstante, la crítica original tiene una obvia fuerza explicativa, especialmente dada la posición a veces reticente pero en general aquiescente de la membresía laborista y de los sindicatos durante los gobiernos escandalosamente derechistas de Blair y Brown, a medida que empezaron a alistarse en las distintas guerras imperiales estadounidenses y a privatizar en el territorio nacional, todo aquello que Thatcher había dejado intacto (excepto, por supuesto, el National Health Service de Bevan, que en cambio adulteraron mediante la corrupta Private Finance Initiative).

Con las excepciones parciales de Benn y McDonnell, ninguno de los cinco «exploradores» son obvios portadores del laborismo. Benn (1925-2014), el mayor del grupo y su mentor, procedía de una dinastía laborista. Su abuelo había sido uno de los fundadores del London County Council. Pero Corbyn (1949) y Abbott (1953) llegaron a la política a través del antiimperialismo (especialmente sobre el caso caribeño) y el antirracismo, en cuanto que era una causa para el primero y una experiencia de vida para la segunda; ambos llevarían sus respectivas concepciones de la política a un partido, que siempre se había comprometido con el Imperio británico y que había aprobado leyes racistas. Livingstone (1945) procedía de una familia *tory* del sur de Londres y su despertar político llegó en 1968, cuando vio por la televisión el levantamiento parisino. McDonnell (1951) creció en una familia irlandesa en Liverpool y Great Yarmouth, trabajó en diversas fábricas allí y en el área suburbana del oeste de Londres y se elevó por encima de su clase mediante la educación y el sindicalismo, desarrollando un interés apasionado por Gramsci (no por el Gramsci de la cultura pop y de *Marxism Today*, sino por el Gramsci estratega revolucionario de la «guerra de posiciones»). Aunque tres de los cinco (Abbott, Livingstone y McDonnell) tienen un inequívoco origen de clase obrera, solo McDonnell hundía sus raíces en el movimiento obrero y sus intereses intelectuales, por no mencionar su postura firmemente republicana irlandesa (como seguidor del movimiento Troops Out), apenas entraban en el típico menú laborista. Estos tres dirigentes estaban también claramente ascendiendo en la escala social y se desinteresaban ostentosamente de la tradición de bandas y estandartes del movimiento obrero británico. Los cinco, quizá con la excepción de Benn en sus últimas dos décadas, eran modernos y su socialismo se basaba en el análisis del presente y en el interés por este y no en los logros o las derrotas del glorioso pasado.

Neil Kinnock distinguió en una ocasión entre la «izquierda ilegítima» dentro del Partido Laborista (trotskistas como *Militant*, que solo merecían la

exclusión, cuando no la expulsión) y la «izquierda legítima» tolerable, que consistía en los seguidores de Lansbury, Maxton o Bevan, la tradición de la que procedía el mismo Kinnock antes de hacer el acostumbrado giro a la derecha. Los cinco dirigentes seleccionados por Beckett no entran fundamentalmente en ninguna de estas dos categorías, hecho que, hasta las purgas de masas efectuadas bajo la dirección de Keir Starmer en la década de 2020, había sido en realidad un factor de protección para ellos. Sus políticas apenas se han entendido bien, incluyendo aquí a unos medios de comunicación que daban por sentado que, en las inmortales palabras de una funcionaria del partido reveladas por un informe filtrado elaborado en 2020 por la aliada de Corbyn, la secretaria general del Partido Laborista y en su momento miembro de Militant, Jennie Formby, «toda persona a la izquierda de Gordon [Brown] es *troska*».

Ninguno de los cinco era, sin embargo, un revolucionario. Aparte de McDonnell –el único del grupo que se identificaba explícitamente como marxista y que pasó un breve tiempo en Militant (organización que abandonó por su postura sobre Irlanda)– a ninguno de ellos le tentó el estalinismo o el trotskismo o, para el caso, el anarquismo, aunque la influencia de las corrientes libertarias en los cinco ha sido habitualmente mayor que la del comunismo oficial. Esto suscita la cuestión previa de por qué el grupo sintió interés por el Partido Laborista. Benn había nacido dentro del laborismo, pero los otros cuatro políticos, siendo más jóvenes, sin duda habrían sido partidarios de algo similar a los partidos de izquierda suecos, portugueses o alemanes, o de algo como La France Insoumise. La respuesta obvia reside en el sistema electoral británico. La norma de que el primero se lo lleva todo dificulta mucho, como es bien sabido, que los partidos antisistémicos logren representación alguna en el Parlamento británico, problema que ha asolado al Independent Labour Party de Maxton, al Communist Party of Great Britain (CPGB), a los Verdes y, a la derecha, al UKIP y al Brexit Party (ahora Reform UK), la totalidad de los cuales ha podido presumir de que, en sus respectivos momentos álgidos, han obtenido cientos de miles, a veces millones de votos y, como mucho, un puñado de escaños. Han tenido mucho más éxito, como ocurrió con el CPGB en las décadas de 1950 y 1960, el Socialist Workers Party en las décadas de 1970 y 2000 y el UKIP y el Brexit Party en las décadas de 2000 y 2010, cuando se han concentrado en la acción extraparlamentaria: infiltrándose y liderando sindicatos, llevando a cabo campañas monotemáticas en los medios de comunicación (o, como Militant hizo en la década de 1980, dentro del propio Partido Laborista). El Parlamento es estructuralmente inaccesible para las fuerzas a la izquierda del Partido Laborista.

El Partido Laborista, a través del sistema electoral mayoritario, parece ofrecer un seductor atajo a la función política, una perspectiva que ha sido especialmente atractiva para políticos ambiciosos y con ganas de movilidad

social como Abbott, Livingstone y McDonnell, cuya experiencia ha sido la de usar las instituciones del Estado para sus propios fines. No es una postura idiota. Si se eligiera un gobierno laborista con un programa socialista, este no sería un grupo de presión socialista dentro de un gobierno de coalición de centro-izquierda, como ha sido el caso de la mayoría de los partidos de izquierda europeos exitosos a partir de la década de 1980, sino por el contrario *sería* el gobierno y podría utilizar la «dictadura electoral» entronizada en la constitución británica para aprobar reformas radicales, de la misma manera que Thatcher lo hizo desde la derecha a partir de 1979. Con independencia de la historia general del laborismo, bastante depresiva, y de su conservadurismo relativo en comparación con sus homólogos continentales, no ha habido ninguna figura política situada tan a la izquierda como Jeremy Corbyn en ningún país europeo con posibilidades de tomar el poder desde Berlinguer en 1976. El supuesto atajo siempre ha sido bloqueado, cuando se acercaba a la carretera principal. Tres veces ha amenazado con el éxito: en la década de 1930, bajo la dirección de George Lansbury, que no se presentaría jamás a unas elecciones generales; a finales de la década de 1970 y principios de la de 1980, supuestamente bajo Tony Benn, aunque este nunca fuera el líder oficial del partido y en 1983 perdiera su escaño; y, caso más exitoso, bajo la dirección de Jeremy Corbyn, que en las elecciones generales de 2017 se quedó a unos pocos miles de votos de convertirse en primer ministro. La recompensa imaginada es enorme; su materialización ha sido remota, pero en ocasiones lo suficientemente real como para que la creamos posible.

En su calidad de historiador popular, Beckett es un narrador de cuentos y su cuento comienza, como era de esperar, en 1968, con Tony Benn, un joven ministro que ha renunciado al título de lord y que se ha embarcado en un programa de modernización dentro de un Ministerio de Tecnología diseñado para este fin después de haberse desencantado y aburrido en el mundo trivial y cerrado de la política de Westminster. Benn visita una «Universidad libre» montada por los estudiantes que han ocupado la Universidad de Bristol, en su distrito electoral, y le fascina el nuevo discurso que se encuentra allí. Ya se había interesado por el movimiento estadounidense de los derechos civiles y había apoyado el boicot antirracista a los autobuses de Bristol. A Benn le entusiasmaba la política basada en la participación y en el placer, así como en la movilización de los grupos que habitualmente marginaba el Partido Laborista: población negra, mujeres, minorías sexuales. A principios de la década de 1970, su política se había metamorfoseado de una socialdemocracia corriente y moliente a algo mucho más libertario.

Cuesta imaginarse a Benn, un caballero inglés arquetípico, que hablaba con un sonoro acento de la BBC y al que se le solía encontrar vestido con chaqueta de punto, bebiendo una taza de té o fumando en pipa, como una especie de *soixante huitard*, pero Beckett lo plantea de manera convincente.

Benn había sido un partidario temprano del control obrero, inspirado por el socialismo autogestionario yugoslavo. Era un interés que compartía con los radicales de la Sociedad Fabiana, pero los fabianos no solían apoyar a las fuerzas que desde abajo trataban de implementar la autogestión, como sucedía en Upper Clyde Shipbuilders, Lucas Aerospace y Meriden Cycles, todas ellas luchas que Benn apoyó hasta el final, las dos últimas siendo ministro. Beckett argumenta que en 1974 Benn era efectivamente el líder de la izquierda laborista, contando con el apoyo simultáneo y superpuesto de la juventud sindicalista, que exigía el control democrático en sus puestos de trabajo, esto es, el control sobre lo que hacían, para quién lo hacían y cómo lo hacían, y no solamente mejores sueldos y condiciones de trabajo, y de la juventud radical de las grandes ciudades, que había empezado a derivar hacia el Partido Laborista. El giro aterrizó a Harold Wilson, que degradó a Benn de secretario de Estado para la Industria a secretario de la Energía. Fue justo el momento del *boom* del petróleo del mar del Norte, una historia que Beckett cuenta con detalle en *When the Lights Went Out* (Benn defendía instaurar un fondo de riqueza soberano, como había hecho Noruega, una idea que rechazaron los tímidos y realmente crédulos Wilson y Callaghan).

Uno de los jóvenes radicales que empezaron a considerar a Benn un líder informal durante la década de 1970 fue Ken Livingstone, que se unió al Partido Laborista después de la debacle electoral municipal de 1968 (en sus propias palabras fue «la rata que sube a bordo de un barco que se hunde»). La Constituency Labour Party de West Norwood a la que pertenecía se sorprendió de ver a alguien tan joven acudiendo a las reuniones y «en cuatro meses» Livingstone había sido elegido para diversos cargos en el mismo y estaba escribiendo su manifiesto. «Los pensionistas laboristas de Norwood –escribe Beckett– lo adoraban». Unos años más tarde Livingstone se encontraba en Lambeth Council, institución que puso patas arriba, reconociendo a los okupas locales (y, por lo tanto, logrando su apoyo). El desastre de las elecciones municipales de 1968 fue decisivo para la izquierda en las grandes ciudades, porque los universitarios radicalizados que se habían dispersado tras el fracaso de la revolución parece que de repente se dieron cuenta de que podían hacer cambios reales desde los ayuntamientos, usando los amplios poderes y presupuestos que entonces tenían las autoridades locales.

El «1968» de Abbott fue bastante diferente del de sus contemporáneos blancos. Cuando habla con Beckett recuerda los puños en alto del Black Power en las Olimpiadas de 1968, pero también el discurso de Enoch Powell sobre los «ríos de sangre» de ese mismo año. La familia de Abbott (su padre era un obrero fabril, su madre, enfermera) había emigrado desde Jamaica a Notting Hill en la década de 1950, donde adquirieron una casa barata, completando sus menguados ingresos admitiendo huéspedes en su hogar. En el pogromo de 1958, recuerda Abbott, sus padres le pidieron a un huésped irlandés que



abriera la puerta, cuando una turba enfurecida se presentó ante su casa. Después se trasladaron al área residencial de Harrow y, desde allí, Abbott llegó a Cambridge. Después de graduarse se presentó a un puesto en el Ministerio del Interior; «a mediados de la década de 1970 era el único departamento ministerial que estaba empezando a tomarse en serio el racismo», bajo la forma de la *Race Relations Act* de 1976. A Abbott la entrevistó Mary Warnock, que le preguntó por qué quería el empleo: «Porque quiero poder», le respondió Abbott. Los servicios de inteligencia británicos estudiaron el historial de Abbott y desaconsejaron su contratación, pero el Ministerio la contrató igualmente. Su interés principal era la reforma de las prisiones y, desengañada de poder conseguirlo, Abbott dejó su puesto y entró en el National Council for Civil Liberties (ahora Liberty) en 1979. Tras treinta y siete largos años, era ministra del Interior en el gabinete en la sombra.

En su calidad de hombre blanco, del norte, de clase obrera y dotado de una lengua afilada, McDonnell siempre ha estado mucho más cerca de ser el tipo de izquierdista que los medios de comunicación entienden, señala Beckett. Es destacable, sin embargo, que la base política de McDonnell no se encuentre en el norte, sino en el cinturón londinense, específicamente en las grandes extensiones de fábricas, polígonos y adosados del distrito de Hillingdon, que forman parte de esas áreas suburbanas complejas y mal comprendidas, que serían la sede de la huelga de Grunwick y de las revueltas de Southall. Hablando con Beckett acerca de la entrada de socialistas universitarios en el Partido Laborista en lugares como Lambeth, Hackney e Islington, McDonnell recuerda que desde las periferias del oeste de Londres «siempre los hemos despreciado como una especie de izquierda burguesa». A Corbyn, por el contrario, se le identifica de manera perenne con el caso emblemático de la gentrificación, Islington (aunque su distrito electoral en realidad integra en su mayoría las viviendas de protección estatal de Holloway y Archway), pero su ruta hacia el Partido Laborista fue menos localista que las de Livingstone, McDonnell o Abbott. Corbyn se crió en una familia de clase media intelectual, que se había establecido en Shropshire cuya política siempre había sido de izquierda –su madre estuvo en la batalla de Cable Street– pero su talante se formó por encima de todo por su experiencia americana. Durante un viaje a Jamaica realizado a finales de la década de 1960 como adolescente en el Voluntary Service Overseas, Corbyn fue testigo de las revueltas que provocaron la expulsión de Walter Rodney tras lo cual envió tentativamente un artículo sobre ello a *The New Stateman*, que no le publicaron, como si fuera un temprano presagio de la relación persistentemente hostil con la publicación emblemática de la derecha laborista. Desde Jamaica, Corbyn siguió viajando hasta que se le acabó el dinero y en 1969 estaba en Chile, siguiendo a la Unidad Popular por todo el país antes de las elecciones de 1970. No es una coincidencia que tanto McDonnell como

Corbyn estén casados con mujeres latinoamericanas. Chile, en concreto, ha sido una obsesión vitalicia para todo el grupo, desde Benn en adelante. Chile era la promesa de que, como la Unidad Popular, el Partido Laborista podría ganar las elecciones con un programa claramente socialista; pero también sustentaba la amenaza de que si lo hacía, se podría encontrar con el destino de Allende y de miles de chilenos socialistas. Ese miedo, escribe Beckett, estaba «cosido en esta relación, como una oscura franja de angustia».

Beckett proporciona una descripción elocuente del momento en que se produjo la mayor insurgencia del ala partidaria de Benn a principios de la década de 1980. Buena parte de la izquierda culpaba de la derrota del Partido Laborista en 1979 a la ola de huelgas provocada por la política de austeridad y la congelación de salarios en el sector público impuesta por el gobierno de Callaghan a instancias del FMI. La furiosa respuesta incluyó innumerables intentos de destitución de parlamentarios del ala derecha, varios golpes de estado desde la izquierda en ayuntamientos de todo el país y el intento de asumir la vicepresidencia del Partido Laborista por parte del propio Benn, que fue derrotado por los pelos. Beckett había tratado en detalle buena parte de este contexto en *Promised You a Miracle*: el relato de cómo Livingstone y McDonnell se hicieron con el control del Greater London Council (GLC) a principios de la década de 1980 y lo convirtieron en una plataforma para la experimentación económica y la propaganda antiimperialista nos resulta también familiar por ese libro, aunque aquí el episodio se adorna con un relato estremecedor de la pelea entre Livingstone y McDonnell acerca de si unir o no varios ayuntamientos de provincias y distritos de Londres en la «rebelión contra la limitación del gasto público en los gobiernos locales» contra el gobierno de Thatcher. Estos episodios son además esenciales para el relato, porque nos presentan a personajes secundarios como Jon Lansman, el fontanero (entonces, aparentemente, bastante implacable) de Benn, y nos demuestran que, a inicios de la década de 1980, el GLC tuvo la oportunidad de implementar la forma de socialdemocracia de izquierda libertaria con la que los partidarios de Benn se habían entusiasmado en la década anterior: de los «People's Plans» autogestionados hasta lo que en aquel momento fueron movimientos muy controvertidos en favor de los derechos LGTB y de la representación negra y asiática. La historia del GLC también tira con acierto de otro hilo que recorre *The Searchers*, esto es, la experiencia reiterada de que cuando las fuerzas del *establishment* han sido democráticamente derrotadas por la izquierda laborista, tienden a responder cambiando las reglas del juego. En 1986 el gobierno de Thatcher, que se negaba a coexistir con GLC, lo abolió directamente; en 2000 los manejos electorales apartaron a Livingstone, que hubiera ganado con facilidad en un enfrentamiento justo, de la candidatura del Partido Laborista a la alcaldía de Londres, obligándole a presentarse como independiente. Trucos semejantes

se le hicieron a Corbyn en su segunda elección para el liderazgo en 2016, aunque en esta ocasión no surtieron efecto.

Lo que sí es nuevo y fascinante es el relato de Beckett del largo periodo de barbecho de la izquierda londinense del Partido Laborista, que se prolongó durante casi treinta años entre 1986 y 2015. Aunque la dirección del Partido Laborista bajo el mandato de Neil Kinnock no tomó iniciativa alguna para expulsar a ninguno de los cinco, todos fueron silenciosamente marginados. Un puñado de figuras de la izquierda (como el presidente del GLC, Tony Banks) fueron colocadas a modo de ornamentos en la periferia de los primeros gobiernos de Blair, mientras Abbott ocupó brevemente el puesto de ministra de Sanidad en el gabinete en la sombra de Ed Miliband hasta que fue despedida después de criticar el giro que dio este hacia la demonización de la inmigración. Pero, dejando de lado el caso especial de Livingstone, la izquierda laborista siguió siendo políticamente impotente hasta 2015. A la luz de lo que ocurrió entre 2015 y 2019, las actividades de los cinco durante estas décadas adquieren una importancia que sin duda en su momento no se percibió. Abbott entró en la política parlamentaria en 1987 y fue blanco instantáneo de olas de racismo y misoginia, que aún no han remitido. Corbyn, elegido parlamentario en 1983, se convirtió en el «ministro de Exteriores de la izquierda» e irónicamente, teniendo en cuenta los acontecimientos posteriores, en el izquierdista que personalmente caía bien a todo el mundo dentro del partido, algo que nunca fue así en el caso del resto de las figuras estudiadas, más agresivas, como Abbott, Livingstone y McDonnell (elegido después de sucesivos intentos como diputado por Hayes y Harlington en 1997). En aquel momento parecía que la izquierda laborista estuviera disfrutando de una especie de vida mediática después de la muerte, como si fueran el equivalente político de esa gente famosa por haber sido famosa, que no se acercaba al poder, pero que estaba siempre en la tele. Benn se convirtió en una «celebridad nacional» como diarista y conferenciante; Abbott y Livingstone se hicieron tertulianos.

Pero Beckett descubre que Livingstone invirtió el dinero ganado con los anuncios de queso y las apariciones en los discos de Blur en la creación de una revista, *The Socialist Economic Bulletin*, que criticaba sin descanso al gobierno de Blair y que intentó concebir, costear y explicar un programa alternativo. Abbott empleó su carrera televisiva para elevar su perfil lo suficiente como para aspirar al liderazgo del Partido Laborista en 2010; a diferencia de McDonnell en un par de intentos anteriores, Abbott entró en las listas electorales y fue recompensada por Miliband con su corta estancia en el gabinete en la sombra. Después de la crisis financiera de 2008, la fama póstuma de Benn se precipitó en una ola de nostalgia por el izquierdismo laborista: memes del espíritu del 45, camisetas «Labour: I Prefer the Early Work» y documentales sentimentales pero socialistas sin tapujos como *Will*

*and Testament* (2014). Benn, en su momento algo parecido a un futurista, se había convertido en el custodio de la historia profunda de la izquierda inglesa, hablando siempre de los Diggers, de los Levellers, de los cartistas, de las sufragistas y del gobierno laborista de 1945. En aquel momento, parecía un poco decepcionante, pero, como ha dejado claro el Brexit, nunca hay que subestimar el potencial político de la nostalgia.

Durante esos años pasados a la intemperie se produjo otro extraño interludio de poder auténtico: los dos mandatos de Livingstone como alcalde de Londres entre 2000 y 2008. Circunscrito a desempeñar un papel deliberadamente reducido en el que ostentaba mucho menos poder y manejaba un presupuesto infinitamente menor del que había gestionado cuando era líder del GLC, Livingstone trató de implementar en la medida de lo posible el programa que había defendido en las páginas de *The Socialist Economic Bulletin*. Las influencias dominantes eran ahora John Ross y Simon Fletcher, pertenecientes al pequeño grupo trotskista entrista Socialist Action, quienes, paradójicamente, se diría que empujaron a Livingstone hacia la derecha. Sus relaciones con Benn, Abbott, Corbyn y McDonnell eran amistosas y Livingstone participó con ellos en actos de oposición a la guerra de Iraq sin tener no obstante interacciones de otro tipo. De acuerdo con el relato de Beckett, Livingstone y Ross diseñaron una estrategia económica basada en su interpretación de la China posterior a Deng y de la Venezuela de Chávez: usar el crecimiento económico para crear suficiente riqueza como para redistribuirla, una especie de componenda que combinaba rascacielos y viviendas de protección oficial. Aparte del transporte público, que Livingstone remodeló con un éxito considerable, la estrategia fue un fracaso total y las desigualdades de Londres crecieron drásticamente durante los años de su gobierno. Como demuestra Beckett en un ácido párrafo sobre la remodelación que hizo del valle del Lea para convertirlo en la sede de los Juegos Olímpicos, Livingstone representaba un planteamiento más inteligente pero esencialmente semejante al que había adoptado el Nuevo Laborismo. El trato con Blair era hostil después de que tras una invitación al 10 de Downing Street en 1997 Livingstone resumiera de manera tranquila pero exhaustiva por qué creía que la política económica del Nuevo Laborismo era un desastre. Blair se lo tomó como un insulto personal, pero ambos tenían, nos dice Beckett, «una sensibilidad política compartida tan complicada de debatir que ninguno de ellos sería capaz de reconocer tal hostilidad soterrada». «Ambos despreciaban lo que los blairitas llamaban “el viejo Partido Laborista”», Livingstone por su intolerancia, su monoculturalismo y su machismo; Blair por su socialismo residual.

McDonnell, junto con Corbyn el explorador con menos posibilidades de salir en el inaguantable programa cómico de noticias que emitía entonces la BBC, «Have I Got News for You», parece haber considerado ese periodo

especialmente frustrante. El Socialist Campaign Group, creado como un grupo de presión bennita en la década de 1980, fue el único organismo que agrupaba entonces a la izquierda del Partido Laborista, vinculando a estos radicales londinenses con gente como Dennis Skinner en el norte o con Tam Dalyell en Escocia. McDonnell lo presidió durante un tiempo y en 2007, repentinamente, insistió en la disciplina y la actividad. Dio instrucciones a los miembros del «gabinete en la sombra», mientras repetía el mantra de «Estad preparados. Preparados para la ocasión de un gobierno de izquierda de un tipo u otro. Aseguraos de que tenemos ideas a mano». Y bien, lo estuvieron, y ocho años más tarde eran el gabinete en la sombra de verdad. Era algo que en aquel momento no parecía ni remotamente probable, aunque se produjo un pequeño movimiento izquierdista entre los más jóvenes en el seno del Partido Laborista después de 2008 y durante el breve y ligeramente menos filisteo liderazgo de Miliband, al tiempo que quienes protestaban desde la izquierda extraparlamentaria contra las guerras imperiales, la subida de las tasas académicas y la austeridad tomaron nota del hecho de que Corbyn, McDonnell y Benn asistían invariablemente a sus convocatorias e intervenían en ellas. Pero, a pesar de todo ello, el Campaign Group y la izquierda del Partido Laborista en general parecían un elemento simpático e irrelevante. Después de 2008, el Labor Representation Committee, que se remontaba a antes de la Primera Guerra Mundial, fue refundado por McDonnell como un grupo de presión izquierdista dentro y fuera del partido. En 2013 McDonnell asistió a una reunión del mismo y masculló: «Esto parece un funeral».

Por el momento, *The Searchers* ha tenido una recepción abrumadoramente negativa en la prensa británica, lo que contrasta con las reseñas elogiosas que obtuvieron *When the Lights Went Out* y *Promised You a Miracle*. En *The New Stateman* el académico Jonathan Rutherford, adscrito al *Blue Labour*, esto es, a los laboristas conservadores, regañaba a Beckett por ser blando con la «política mojigata, semejante a un culto», del corbynismo y por minimizar el supuesto auge del antisemitismo durante el mandato de Corbyn; el editor de esa misma revista, Jason Cowley criticaba a Beckett en *The Observer* por no censurar suficientemente el «antisionismo» de Corbyn y en *The Guardian*, una engréida pieza firmada por el historiador de corte popular Joe Moran repetía la tediosa afirmación de que a ninguno de los cinco le interesa «ganar elecciones» (si eso fuera cierto, sin duda habrían elegido cualquier otra cosa como instrumento político antes que el Partido Laborista). Este frente unido de crítica hostil es una consecuencia de lo que ocurrió a continuación: el hecho de que la izquierda del Partido Laborista no resultara ser, en último término, una fuerza residual ni mucho menos un conjunto de «celebridades nacionales». Beckett nunca estuvo directamente involucrado en el corbynismo, pero evidentemente considera esos cuatro años de insurgencia parlamentaria una

respuesta completamente lógica a una coyuntura en la que a partir de 2008 el nivel de vida ha experimentado un agudo declive, el modelo económico dominante respaldado por los medios de comunicación y por la mayoría de las instituciones públicas ha sido un rotundo fracaso y el vasallaje a Estados Unidos ha tenido como resultado un apoyo aparentemente sin límites a la guerra y, en el momento que escribimos esto, al genocidio en Gaza. Abbott, Corbyn, Livingstone, McDonnell y, hasta su muerte en 2014, Benn simplemente han sido los cinco políticos más destacados que se han opuesto con coherencia a todo esto.

La sección del libro que trata del corbynismo es realmente corta. Beckett le dedica casi el mismo espacio que a la revuelta bennita fallida de finales de la década de 1970 y principios de la de 1980, que fue recibida con una histeria mediática similar, pero que nunca se puso a prueba en unas elecciones. Resulta difícil contener una cierta rabia melancólica, sin embargo, cuando leemos de nuevo lo siguiente sobre las elecciones de 2017 y los meses posteriores cuando:

[...] Corbyn y sus camaradas más cercanos [...] empezaron a abrir un nuevo espacio en el cargado mundo de la política británica. Era un espacio que la izquierda había estado intentando abrir desde finales de la década de 1960, cuando Tony Benn inició su largo viaje, distanciándose de la ortodoxia del Partido Laborista. Era un espacio en el que, especialmente a lo largo de 2017, el orden establecido, económico, social y político, que habitualmente se aceptaba como si fuera casi invisible, empezaba a verse tal y como era.

En el verano de 2017 Beckett se encuentra con Peter Mandelson, que ha hecho una pausa lo suficientemente larga en sus actividades de destrozado de lo público como para admitir: «Me equivoqué. Ha ocurrido un terremoto en la política británica y yo no supe predecirlo». Pero, por supuesto, 2017 había ocurrido, porque la derecha laborista había apartado los ojos del balón un instante, habiéndose jurado no volver a cometer el mismo error. Es un alivio que, en lugar de entender el periodo 2017-2019 como caracterizado por las negociaciones sobre el Brexit, Beckett lo presente como el momento en el que todo el *establishment* británico, de *The Daily Mail* a *The Guardian*, desde el ejército hasta buena parte de la academia, cerró filas para impedir un gobierno socialista del Partido Laborista, recurriendo a métodos que fueron de la tormenta mediática, en ocasiones extraña pero con el tiempo abrumadora, a la persecución judicial por parte de la Equalities and Human Rights Commission, una institución creada por Blair y en la que trabajaba esencialmente gente de derecha. No es así como la mayoría de bosquejos de la historia reciente nos han contado esos años, pero es así en buena medida como lo sentimos en aquel momento, sobre todo si, como quien esto escribe, éramos partidarios de la izquierda del Partido Laborista. Beckett imagina también las maneras en las que un gobierno

Corbyn-McDonnell-Abbott podría haber llegado a un compromiso viable: el republicanismo y la oposición a los submarinos nucleares Trident se abandonaban de modo inmediato y McDonnell dejaba claro que la primera fase de su plan económico implicaba acercar a Gran Bretaña a la norma socialdemócrata preneoliberal ligeramente radicalizada, básicamente mediante la introducción de un control obrero tenuemente intensificado de la mano del informe sobre los «nuevos modelos de propiedad» encargados por el nuevo ministro de Finanzas, de la implementación de un experimento sobre la renta básica y de la reducción de la jornada laboral, a lo cual se añadiría un toque de tecnofilia materializado en la oferta del servicio de banda ancha gratuita y nacionalizada, que se financiaría mediante el crecimiento generado por una supuesta «revolución industrial verde». ¿Se habría parecido un gobierno de Corbyn a una versión más radical de la política municipal de Livingstone?

A pesar de su tono ecuánime, *The Searchers* es tajante en su opinión del periodo Corbyn. Beckett, a su modo calmado, no puede perdonar la incesante campaña de la derecha del Partido Laborista para destruir el liderazgo de Corbyn al tiempo que mantiene una postura firme, lo cual resulta evidentemente más indignante para quienes reseñan el libro, sobre el escándalo del «antisemitismo del Partido Laborista», episodio que retrata como el típico fenómeno que, en cualquier otro momento, hubiera sido descrito por *The Observer* o *The New Statesman* como un ejemplo de la política de la posverdad. Esto es importante, porque se trata de una controversia que muchos corbynistas más jóvenes, representados en publicaciones como Novara Media y el resucitado *The Tribune*, ha tendido a esquivar, al menos hasta que el bombardeo de Gaza ha convertido las políticas reales de los más conspicuos acusadores de Corbyn –*The Jewish Chronicle*, el Board of Deputies of British Jews y el Jewish Labor Movement, afiliado al Partido Laborista– en algo imposible de ignorar (y quien esto escribe se incluye a sí mismo en esta crítica). The Board of Deputies of British Jews se la tenía jurada a Livingstone desde 1982, cuando este dirigió fondos y recursos comunitarios del Greater London Council a un grupo socialista judío liderado por figuras como el historiador londinense David Rosenberg en lugar de a ellos; pero Beckett es más implacable, como debe ser, con las afirmaciones ridículas y ofensivas que Livingstone hizo durante las décadas de 2000 y 2010, cuando se rebajó al oficio de tertuliano. Fue claramente ofensivo, por ejemplo, llamar a un periodista judío de derecha un «guardián de los campos» y, cualquiera que fuera la opinión sobre el Acuerdo de Haavara, es estúpido describirlo, como señaló su amigo Rosenberg, como si indicara que «cuando Hitler ganó sus elecciones en 1932 su política entonces era que los judíos debían mudarse a Israel. Hitler apoyaba el sionismo, lo cual hizo antes de que se volviera loco y acabara asesinando a seis millones de judíos». La proclamación de

Livingstone de la lista de mujeres judías con las que se había acostado y sus recuerdos de lo mucho que ha disfrutado yendo de vacaciones a Israel como pruebas contra su antisemitismo tampoco ayudaron demasiado.

Beckett, sin embargo, rechaza la idea de que haya algún tipo de antisemitismo arraigado en lo más profundo de la izquierda del Partido Laborista, supuestamente demostrado mediante la afirmación, marginal en la década de 1980 pero redescubierta en la década de 2010, de que los bennitas tenían un problema con los judíos, lo cual quedaba demostrado por sus intentos de desalojar a figuras del laborismo londinense como Reg Freeson (un sionista de izquierda, que viró hacia la derecha a principios de la década de 1980 y que Livingstone destituyó de Brent East) o Neville Sandelson (un perdonavidas derechista adversario de McDonnell en Hayes, que luego pasó como tráfuga al Social Democratic Party). Beckett, que se cuida mucho de exponer la postura pero no de respaldarla explícitamente, localiza las tensiones existentes entre las organizaciones comunitarias judías mayoritarias y las izquierdistas más en los principios morales de la izquierda de la época posterior a 1968 (y luego posterior a la guerra contra el terrorismo estadounidense), que postulaba una línea mucho más dura sobre el imperialismo y el racismo, la cual rompía con el consenso laborista que consideraba a Israel un Estado socialdemócrata que, como acaba de repetir cansinamente Keir Starmer, «hizo florecer el desierto», desierto en el que nunca se menciona la presencia del pueblo palestino. La principal «arma humeante» del antisemitismo personal de Corbyn resulta ser un comentario en Facebook sobre un minúsculo archivo JPG de una caricatura mural en la que confundió a Diego Rivera con Patrick Viera. El libro cuenta una anécdota especialmente reveladora: en 2019 Beckett asistió a la presentación del manifiesto laborista «raza y fe» y habló con los contramanifestantes, que blandían una pancarta en la que acusaban a Corbyn de racista; estos le dijeron a Beckett, que si Corbyn llegara a gobernar prohibiría la comida *kosher* y la circuncisión. La absurda idea de que un gobierno de Corbyn supondría una «amenaza existencial» para la población judía británica era, con independencia de si se creía o no de manera sincera, un clásico pánico moral y el abismo entre la amenaza real y su percepción era enorme. Por señalar este hecho obvio, Corbyn no puede presentarse hoy como candidato al Parlamento británico por el Partido Laborista.

Beckett demuestra maestría en la narración, las anécdotas y los detalles, en particular a los relativos a la personalidad, que en el caso de estas cinco figuras ha sido una cuestión decisiva. La capacidad oratoria de Benn y la carencia de esta de Corbyn, el ingenio vitriólico de McDonnell y su amor por las conspiraciones, la altivez de Abbott y la afabilidad de Corbyn, la afectación de Livingstone y su campechanería desenvuelta: todo esto determinó su capacidad de influir en la política del Partido Laborista. No es probable que



Corbyn hubiera sido el líder laborista, si no fuera una persona que gozaba de un gran aprecio, aunque desafortunadamente su humor lacónico y su curiosidad cálida pocas veces se percibían en la televisión. Pero Beckett, que quiere que su relato avance, pocas veces se detiene a pensar en alto sobre el material que ha recopilado y, por consiguiente, el análisis aportado resulta ser en el mejor de los casos sucinto. Señala que, a diferencia de otras campañas de desprestigio dirigidas contra Corbyn al hilo de su republicanismo irlandés, de sus simpatías rusas o soviéticas o de su condición de «espía checo», las acusaciones de antisemitismo hicieron daño a la izquierda del Partido Laborista y dolieron especialmente a su dirigente, dado que su primer encargo político había sido trabajar en un sindicato textil mayoritariamente judío y dado que durante su mandato consultó constantemente a socialistas judíos como Rosenberg y Sue Lukes. La acusación afectó mucho a Corbyn personalmente y por eso parecía tan enfadado y ofendido cuando se le preguntaba por ello en televisión. Beckett no profundiza en por qué este episodio fue tan extraordinariamente hiriente y doloroso. ¿Se debía al compromiso personal de Corbyn con el antirracismo? ¿Era porque personas a las que había conocido y tratado durante décadas, como la tóxica Margaret Hodge, una bennita que se volvió partidaria de Blair y a quien, como señala Beckett, Corbyn había ayudado a conservar su escaño en Barking frente a la extrema derecha del British National Party, habían decidido de repente que era «un racista y un antisemita» y se lo gritaban a la cara? ¿Fue tan dañina debido al compromiso que estos cinco exploradores compartían con la nueva izquierda más joven, reconvertida en sus tropas, de que nunca se responde defensiva o agresivamente a una acusación de racismo y que debería dársele un amplio espacio a los grupos oprimidos para que definan su experiencia de este? Son preguntas que se nos dejan para que las sopesemos.

De manera similar, aunque Beckett, a diferencia de muchos de sus contemporáneos, es muy consciente de que la gente vive una vida mucho más cómoda en «Alemania, Suecia o Japón» que en Gran Bretaña, su análisis pocas veces se extiende más allá del Reino Unido. La carta enviada por Diane Abbott a *The Observer* en 2023 por la que se le retiró su pertenencia al grupo parlamentario laborista, es mencionada en el libro, pero no es realmente objeto de análisis más allá de señalarla como un ejemplo del tono imperioso de Abbott y de su tendencia al autosabotaje. Pero se trata de un documento muy elocuente. Al afirmar que los judíos, los gitanos y la población irlandesa están sometidas a «prejuicios», pero no a «racismo» Abbott estaba escribiendo como una figura política profundamente americanizada. (Su afirmación de que judíos, gitanos e irlandeses podían sentarse donde quisieran en los autobuses por debajo de la línea Mason-Dixon es correcta, pero eso era irrelevante en Europa donde a los judíos, a los romaníes y a los *sinti* se les enviaba a los campos de exterminio). Por supuesto, describir su carta como

antisemita en lugar de como un chorreo de ofensas para todos los públicos, sería sesgado y Abbott aquí escribía como esa persona cuyos progenitores tuvieron que esconderse detrás de un irlandés para escapar de las revueltas racistas. Pero revelaba algo importante sobre su política. A menudo, los exploradores parecían más figuras de la izquierda del Partido Demócrata estadounidense (Jesse Jackson, Dennis Kucinich, Bernie Sanders), que figuras similares a Aneurin Bevan o James Maxton.

Esta falta de reflexión, de confianza en las implicaciones, tiene otras consecuencias. Aunque el Londres de Beckett es la enorme ciudad obrera y multiétnica realmente existente y no tanto el fantasma de la «elite metropolitana» con el que sueñan la derecha del Partido Laborista y los *tories* de Boris Johnson (que viven la mayoría en sus barrios más caros), su retrato de grupo se halla sorprendentemente centrado en Londres; hay tan solo excursiones breves a los escaños parlamentarios de Benn en Bristol y en los distritos mineros del norte de Derbyshire. Pero esta miopía es el reflejo del hecho de que pocos miembros de la izquierda del Partido Laborista fuera de la capital han compartido la política de los exploradores. Yo mismo he intentado pensar sin éxito figuras equivalentes con arraigo en otras partes del Reino Unido. Socialistas municipalistas de la década de 1980, ya fueran «legítimos», como David Blunkett, o «ilegítimos», como Derek Hatton, estaban mucho menos interesados en el racismo, los derechos LGTB o el imperialismo que los cinco de Beckett; su contemporáneo escocés, George Galloway, con quien cada uno de los cinco ha trabajado estrechamente en un momento u otro, ha combinado la firme oposición al imperialismo estadounidense con un intolerante conservadurismo social. En general, la izquierda del Partido Laborista escocés, antes de su desplome de 2015, tendía a ser de hecho una continuación no blairita de la vieja derecha laborista en lugar de algo más imaginativo. En Inglaterra, los políticos laboristas de Manchester han sido socialmente más liberales que la mayoría, pero sus líderes bennitas, como Richard Leese, fueron todos a mediados de la década de 1990 conversos tempranos y entusiastas del blairismo, una historia que cuenta con brechtiano veneno el reciente libro de Isaac Rose, *The Rentier City* (2024). Mientras tanto, los diputados norteños del Campaign Group, especialmente el carismático Dennis Skinner, eran usados como mascotas proletarias por el Nuevo Laborismo de una manera que habría sido inconcebible con un «Mad McDonnell», como le llamaban. Tal vez la única figura afín a los cinco de Beckett en sofisticación e importancia fue el excomunista de Yorkshire y líder del National Union of Mineworkers (NUM), Arthur Scargill, que era un auténtico socialista post 68, lo que se visibilizaba en su interés por el arte y la literatura, en su ferviente apoyo a las huelgas de Grunwick y en su entusiasta respaldo al grupo Lesbians and Gays Support the Miners. Pero a diferencia de los cinco exploradores, su carrera no tendría un segundo acto, destrozada por completo por la derrota de las huelgas mineras de 1984-1985

y por la deliberada campaña de desprestigio orquestada por el MI5 a principios de la década de 1990; el Partido Laborista Socialista, que lanzó Scargill en 1996 nació muerto.

No hay nadie más que pueda compararse con ellos cinco, lo cual ha tenido importantes ramificaciones políticas: en Londres y ciudades similares, el corbynismo obtuvo una gran recompensa en las urnas, pero en 2017 y 2019 a Gran Bretaña en su conjunto se le estaba básicamente pidiendo que votara por el Greater London Council. Beckett esquiva la kremlinología que invade otros intentos preliminares de redactar la historia reciente, como *Left Out*, de Gabriel Pogrud y Patrick Maguire, desde la derecha, o *This Land*, de Owen Jones, desde la izquierda, algo que se agradece, puesto que buena parte de los detalles de estas últimas obras son deprimentes, desagradables y carentes de sentido. Pero eso implica que Beckett no consigue abordar adecuadamente las diferencias existentes entre la izquierda londinense y la del resto del país, dejando de lado al resto de las grandes ciudades inglesas y galesas como Manchester, Liverpool, Bristol, Sheffield, Leeds, Newcastle y Cardiff (en todas las cuales Corbyn, a diferencia de Foot, obtuvo amplias mayorías en cada una de las convocatorias electorales). El término «segundo referéndum» no aparece, aunque está claro que el giro de McDonnell y Abbott hacia la defensa de una repetición del plebiscito sobre la salida de la Unión Europea –con la intención transparente de que el electorado esta vez eligiera «quedarse»– fue electoralmente catastrófico. Aunque nada de lo que hizo la izquierda del Partido Laborista en 2019 obtuvo un apoyo tan claro de la derecha laborista como su giro hacia la postura de «*continuity remain*», cualquiera que aquel año recorriera un barrio obrero urbano en cualquier ciudad, grande o pequeña, haciendo campaña podía dar fe de que esa decisión, impulsada por el miedo a perder el apoyo de los centros metropolitanos, era una decisión impopular. Era también atípicamente antidemocrática (que no es algo de lo que pueda acusarse habitualmente a los exploradores), carente de principios (todos ellos se habían opuesto a la entrada en Comunidad Económica Europea en la década de 1970) y concentraba un malestar ya existente entre la población obrera envejecida, socialmente conservadora, que en 2017 se sobrepuso a sus reservas sobre el amor a la diversidad y el odio al imperio que mostraban los exploradores, pero que en 2019 ya no lo hizo.

Lo que también fue obvio para los responsables de campaña de aquella convocatoria electoral, pero que Beckett sí recoge, fue la existencia de una corriente de violencia subterránea a punto de estallar. Sus cinco protagonistas han sido todos ellos atacados en las calles, a menudo con pintura, a veces a puñetazos; a todos les rompieron las ventanas y, en momentos en los que adquirieron prominencia pública, tuvieron que lidiar con un murmullo ambiental de amenazas de muerte. El ejemplo de Chile hizo que todos

mostrarán una justificable paranoia. Cuando en 1975 sacaron a Caroline Benn de una reunión para decirle que su marido había sido destituido del gabinete, ella lo primero que pensó es que le habían asesinado. Cuando el hijo de Corbyn expresó su preocupación ante el hecho de que su padre ocupara la dirección del Partido Laborista en 2015, McDonnell le replicó: «Dile a tu padre: “No te preocupes, el MI5 te asesinará antes de que te acerques demasiado al número 10 de Downing Street”». No es únicamente humor negro. Como subraya Beckett, aportando gran cantidad de pruebas, tanto a comienzos de la década de 1980 como a finales de la de 2010, el ejército dejó claro que no aceptaría ni a Benn ni a Corbyn como primeros ministros. Como nunca fueron elegidos, no sabremos nunca cómo habría reaccionado realmente el Estado británico. Después de diciembre de 2019, McDonnell dijo que la izquierda del Partido Laborista era afortunada, porque normalmente una insurgencia socialista de ese tipo termina en la cárcel o a bordo de un helicóptero y tal vez sea un tributo del sobrecogimiento sentido por los laboristas ante *the mother of parliaments*, que nunca haya habido que desplegar una violencia seria contra ellos. Esta violencia se reservaba en cambio para Irlanda, para las revueltas de los barrios y para los mineros en 1984-1985. De la misma manera, aunque la reputación de Corbyn quedó destrozada por la exageración y la distorsión, la de Scargill hubo que reventarla a fuerza de puras invenciones y mentiras, como el «Scargill Affair» de 1990, apañado por Robert Maxwell y Stella Rimington. El estatus de «celebridad nacional» se reserva para aquellos, como Benn, a los que se les considera que no son una amenaza suficiente. Corbyn muy probablemente compartirá el destino de Scargill, convirtiéndose en una figura objeto de odio para la clase dominante británica durante el resto de su vida. Debería tomárselo como un orgullo.

Beckett se hace eco del optimismo bennita sobre la «gente corriente» y sobre la mucho más amplia «gran minoría», que desea más política en sus vidas (autogestión en el puesto de trabajo, más participación en la democracia municipal), pero un observador algo más cínico se descorazonaría realmente al ver la facilidad con la que puede infundirse pánico en el electorado británico para que vote a gente que está destruyendo activamente su calidad de vida, como ocurrió en 1983 y como ha ocurrido en 2019, ocasiones en las que arrasó electoralmente una clase política, que prometía autoritarismo. La creencia en los poderes mágicos de la democracia explica también otro fenómeno que comenta Beckett consistente en lo poco despiadados que son nuestros cinco exploradores en comparación con la derecha del Partido Laborista, aunque señala que la izquierda tuvo sus momentos maquiavélicos a finales de la década de 1970 y principios de la de 1980. A pesar de la reputación de McDonnell de luchador político activo en las calles y de su predilección por aplicar epítetos burlones a sus

adversarios («inútiles conspiradores de mierda»), después de 2017 se mostró especialmente conciliador con la derecha del Partido Laborista, porque le aterrizaba la repetición del cisma de principios de la década de 1980, que tuvo como resultado que la escisión del Social Democratic Party (ahora integrado en los Liberal Democrats) casi superara al Partido Laborista en número de votos en las elecciones de 1983 (el nuevo partido que se ha desgajado del Partido Laborista en 2019, Change UK, ha sido ridículamente ineficaz). En 2019 McDonnell mantuvo reuniones amistosas con el mercenario blairita Alistair Campbell, lo cual se debió en buena medida a su intuición de que, dado los estupendos resultados obtenidos por el Partido Laborista en las elecciones de 2017, que eran comparables a los conseguidos en 1945, en cualquier momento él mismo podría convertirse en ministro de Economía y Hacienda, puesto que solo podría conservar con el apoyo de la derecha del Partido. Dejando de lado este cálculo, que en aquel momento podría haber parecido astuto, la izquierda del Partido Laborista en muchas ocasiones parece haber sido realmente ingenua. No se tomó ninguna medida para democratizar las bizantinas estructuras del Partido Laborista; la renovación de las candidaturas fue escasa, a pesar del furor suscitado en la prensa; y casi todos los ayuntamientos se quedaron en manos de la derecha del Partido. Beckett concluye que la derecha laborista tiende a dejar la composición del programa a la izquierda, cuando prevé que el partido se encamina a la derrota en las próximas elecciones generales, lo cual tuvo la consecuencia predecible del descrédito de los programas de 2019 y de 1983, aunque tuvo algunas consecuencias no predecibles en 1974 y 2017.

A partir del estudio de Beckett, no resulta una sorpresa que algo tan rematadamente mezquino como el starmerismo surgiera en cuanto la izquierda perdió el control y es una desgracia que la dirección de izquierda no tomara más en serio la tarea de ilustrar a la juventud recién llegada después de 2015 de esta perspectiva: un ejemplo más de su recurrente recaída en la creencia sentimental y en buena parte infundada de que el Partido Laborista es esencialmente una familia, una «gran iglesia». Es posible que esta idea tuviera cierta prominencia en algún momento. El equivalente más próximo de la derrota de 2019 localizable en el pasado del Partido Laborista es 1983 (aunque en términos de votos más que de escaños, 1983 fue bastante peor: el sistema electoral mayoritario británico ha quitado a la izquierda mucho más de lo que le ha dado). Aunque en buena medida se culpó a Benn de la derrota, inmediatamente después la derecha del Partido Laborista le ayudó a obtener un escaño minero seguro y Denis Healey, su apasionado contrincante en la dura batalla por la vicepresidencia del partido, fue a hacer campaña con él, mientras cantaban a dúo en las paradas nocturnas durante los viajes de la campaña electoral. No sucedió nada semejante con Corbyn, no hubo perdón para él, lo cual puede leerse como un síntoma de declive

político —el menguante calibre personal de la derecha del Partido Laborista, de Healey y Jenkins a Streeting y Reeves, es increíble— o como la medida de la amenaza que suponía Corbyn.

*The Searchers: Five Rebels, Their Dream of a Different Britain, and Their Many Enemies* intenta ser un libro optimista y señala que los cinco dirigentes han experimentado cierto tipo de «victoria en la derrota» a lo largo de sus carreras. Un ejemplo de ello es, por supuesto, el Greater London Council, que al celebrar y apoyar «el multiculturalismo y otras nuevas formas de vida por la clase política», transformó Londres, que pasó de ser una decadente capital imperial a convertirse en «una ciudad innovadora y moderna», lo cual se ha convertido en un «cliché entre la clase política tanto de derecha como de izquierda». La victoria en la disputa cultural llegó de la mano de la derrota en el plano económico, al menos en las décadas de 1980, 1990 y 2000. Livingstone le dice a Beckett que «lo que en realidad queríamos era construir vivienda y modernizar el sistema de transporte. Pero ahí fuimos bloqueados». En el caso de la vivienda, esto ocurrió cientos de veces durante su mandato. Beckett apunta a las nacionalizaciones y a los planes de renta garantizada de la pandemia consideradas como un eco fantasmal de la doctrina económica de McDonnell. Pero no me convence su afirmación de que la retórica lejanamente *blue labor*, esto es, obrerista y conservadora de Starmer y Reeves muestra muchas trazas de la influencia de los cinco exploradores analizados en su libro; creo, en cambio, que es un reflejo de la tendencia «obrerista nostálgica» de la derecha del partido, que combina la nostalgia por la austeridad, la letanía de «mi viejo era mecánico», la intolerancia comunitaria y una veta ligeramente sádica de ordoliberalismo.

Lo que resulta más importante poner de relieve, sin embargo, es que las expulsiones del Partido Laborista efectuadas bajo el liderazgo de Starmer han afectado a un conjunto mucho mayor que la izquierda «ilegítima» para llegar a incluir a los bennitas e incluso ampliarse hasta afectar a figuras adscritas a la izquierda débil, como es el caso del exasesor de Blair, Neal Lawson. Es evidente que la nueva dirección starmeriana percibió que la debacle electoral en las municipales de 2021 presentaba una apertura para la estrategia «sesentayochista» de copar los gobiernos municipales y, por lo tanto, la estrangularon en la cuna. Las últimas figuras no pertenecientes a esta camarilla provinciana y adusta de ejecutivos gestores con ínfulas, que muestran un mínimo de imaginación política y que conservan sus propias bases de poder, son los alcaldes de la izquierda blanda, como Sadiq Khan en Londres o Andy Burnham en Manchester. Aunque de un Partido Laborista liderado por cualquiera de estos dos políticos podría esperarse una mayor tolerancia hacia la izquierda, lo que claramente está fuera de toda duda es que 2019 ha marcado el final de un ciclo político. Los papeles más plausibles que pueden adoptar los tres exploradores aún en activo es la mentoría de

las jóvenes parlamentarias socialistas, que han sobrevivido a las purgas de Starmer, incluyendo la «*The Squad*» inglesa en la que militan Zarah Sultana, Bell Ribeiro-Addy, Apsana Begum y Nadia Whittome, y la educación de los cientos de miles de personas nacidas durante las décadas de 1980, 1990 y 2000 que se congregaron bajo su liderazgo entre 2015 y 2019.

Lo que dicha educación debería subrayar es que los cinco dirigentes analizados por Beckett trataron de reformar el Partido Laborista desde dentro y que no lo consiguieron. La medida en la que este bacilo ha infectado a la joven izquierda puede constatarse echando un ojo a las cuentas de las redes sociales excorbynistas, que ahora están rebosantes de los más tediosos tópicos de la izquierda laborista: la fijación en la gloriosa derrota (2017) y el odio a los renegados (McDonnell, por sus pactos con la derecha laborista sobre la Unión europea y la OTAN). Beckett intenta evitar ambos temas, lo que le honra. Pero hacia el final de su libro, la ira y la melancolía se disputan entre sí la supremacía. Beckett visita a Abbott en su despacho después de su suspensión del Partido Laborista en 2023 y se la encuentra mirando una fotografía de los cuatro parlamentarios negros y asiáticos elegidos en 1987, todos en un principio miembros del Campaign Group: Paul Boateng, Bernie Grant, Keith Vaz y ella misma. «Soy la última que queda». Beckett descubre a McDonnell esperando que en algún momento se produzca un movimiento en su contra; afirma que «elegirá el terreno del que me tengan que expulsar», tal vez una referencia mordaz a las elecciones que hicieron Corbyn y Abbott sobre como se «ser expulsados». Cuando escribí este artículo, durante la campaña electoral de 2024, Corbyn estaba disputando su elección por el distrito de Islington North como independiente, que finalmente ganaría, después de que Starmer le prohibiera presentarse por el Partido Laborista al escaño que había defendido para el partido con mayorías cada vez más amplias desde 1983; Abbott ha conseguido movilizar su icónico estatus como la primera mujer negra elegida para el Parlamento británico para derrotar por los pelos un prolongado intento de retirarla; solo McDonnell ha sido seleccionado sin molestias para disputar el distrito de Hayes y Harlington. «Los temas en los que se centró el liderazgo de Corbyn no han desaparecido», insiste con razón Beckett, sino que por el contrario «se han intensificado». 1983, pero también 1984-1985 y 1986, fueron derrotas que paralizaron durante décadas a la izquierda británica. Beckett argumenta que 2019, gracias al abrumador voto juvenil que recibió Corbyn, no tendría por qué conducir al mismo resultado. Es cierto que las figuras políticas que más comparten la política de estos cinco exploradores son las más jóvenes: miembros del Parlamento como Zarah Sultana, Nadia Whittome o los recientemente retirados Lloyd Russell-Moyle y Faiza Shaheen. Pero sigue siendo cierto que la estrategia de estar dentro y contra del laborismo ha sido decisivamente bloqueada. El laborismo se ha comido a los exploradores y ahora los está escupiendo.